

Las venas abiertas del mundo

12 de enero de 2026



Por Luis Bonilla-Molina y Osvaldo Coggiola

Con la militarización ostensible y provocadora de la región atlántica del Caribe, y los ataques reiterados contra embarcaciones con bandera venezolana (que dejaron decenas de tripulantes indefensos muertos), el objetivo inmediato del gobierno de Trump era el control político, económico y militar de la riqueza petrolera y mineral de Venezuela, mediante la imposición de un régimen político totalmente sometido a los dictados imperiales de los Estados Unidos. Para alcanzar ese objetivo, la instalación de bases militares estadounidenses en la tierra natal de Bolívar era fundamental. Sin embargo, no bastaba simplemente con colocar a María Corina Machado y a Edmundo González Urrutia, dos figuras históricamente aliadas a la Casa Blanca, pero totalmente incapaces de gobernar un país tan profundamente dividido, al frente del gobierno venezolano. El 3 de enero, el mismo día del ataque militar contra Venezuela y del secuestro del presidente Maduro y su esposa, Donald Trump degradó a la oposición de derecha venezolana, declarando que MCM “no era respetada en el país” y, por lo tanto, quedaba excluida de la “transición”. El ataque militar del 3 de enero dejó un saldo de 80 muertos, según *The New York Times*, cifra que otras fuentes elevan hasta un centenar.

En lo que respecta a Venezuela, lo que ocurre tiene precedentes históricos que se remontan a los siglos del colonialismo español. La Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, por ejemplo, fue la sociedad mercantil española fundada en

1728, que operó en Venezuela entre 1730 y 1785 como parte de la relación colonial con ese territorio. Sus principales objetivos eran: controlar el comercio exclusivo entre España y Venezuela; exportar productos (cacao, tabaco, algodón, índigo y cueros) e importar mercancías europeas (herramientas, tejidos, vinos, etc.); combatir el contrabando holandés, inglés y de otras naciones; así como orientar el desarrollo económico local para aumentar los beneficios de la Corona española.

Trescientos años y varias guerras de independencia después, Donald Trump declara que, a partir de ahora, Venezuela será gobernada por él y su círculo más cercano, en beneficio de las compañías petroleras y mineras norteamericanas: el secretario de Estado Marco Rubio, el secretario de Defensa Pete Hegseth, el vicejefe de Gabinete Stephen Miller, el director de la CIA John Ratcliffe y el jefe del Estado Mayor Conjunto, general Dan Caine, creando así una amenaza colonial real, tangible y sin precedentes. Este es el primer paso de la estrategia internacional de Estados Unidos, la "Estrategia de Seguridad Nacional", para revertir su declive histórico y restablecer su supremacía mundial, tanto en el Sur Global como en el Norte Global. Un "orden y ley" indiscutibles, una ley de la selva internacional y un orden fascista en casa y en lo que considera su "patio trasero": América Latina y todo el Hemisferio Occidental.

Trump transformó a Venezuela en un protectorado de facto de Estados Unidos. También anunció la suspensión de las exportaciones de petróleo a Cuba, con el mismo objetivo de establecer un protectorado en la isla caribeña. Trump busca el control total de las reservas de hidrocarburos de Venezuela, tanto como fuente de lucro como instrumento de guerra internacional. Bajo el cerco militar en el Caribe y la incautación de cargamentos de petróleo, el gobierno venezolano desempeña, por ahora, el papel de administrador "crítico" del proceso neocolonial.

La retórica histórica, racista y antiinmigración del gobierno de Trump, que calumnia a Venezuela como un “Estado narcoterrorista” y a todos los pueblos latinoamericanos como la causa de los males sociales en Estados Unidos –desempleo, criminalidad, “narcotráfico”–, está dirigida a la multitud fascista interna embriagada por el MAGA (*Make America Great Again*), al ICE (*Immigration and Customs Enforcement*) como guardia pretoriana presidencial y a todas las fuerzas de represión del Estado, movilizándolas contra el “enemigo interno”: los trabajadores, las minorías oprimidas y las personas empobrecidas, en condiciones de desintegración social y de una escalada hacia una guerra civil. El Departamento de Justicia de Estados Unidos tuvo que reformular las acusaciones contra Maduro, admitiendo que el supuesto “Cartel de los Soles” no tenía “existencia real”. La acusación de “narcoterrorismo”, por lo tanto, era una burda cortina de humo para una operación internacional de piratería.

El objetivo real de Estados Unidos es “negar a los competidores no hemisféricos la capacidad de posicionar fuerzas u otras capacidades amenazantes, o de poseer o controlar activos estratégicamente vitales en nuestro Hemisferio”. Este “Corolario Trump” a la Doctrina Monroe sería, para sus autores, “una restauración sensata y potente del poder y de las prioridades estadounidenses, coherente con los intereses de seguridad de Estados Unidos”. Es evidente que los blancos son la Unión Europea –a la que la nueva Estrategia de Seguridad declara una guerra comercial, sin mencionar la intención declarada de apropiarse de Groenlandia, actualmente administrada por Dinamarca–, pero también Rusia y, sobre todo, China, el principal enemigo estratégico, que ocupa una posición económica central en toda América Latina, con vastas inversiones en infraestructura y préstamos.

La “restauración del poder estadounidense” y los “intereses de seguridad estadounidenses” demuestran que la agresión bélica contra Venezuela representa un salto en la escalada bélica

imperialista internacional, con objetivos estratégicos no limitados a ninguna área hemisférica, Norte y Sur, Oriente y Occidente: la colonización y fragmentación del antiguo espacio soviético y de la República Popular China, devolviéndolos a la era colonial de los “cien años de humillación”. Tras la guerra por delegación de la OTAN en Ucrania y el genocidio sionista del pueblo palestino en Gaza, la agresión bélica contra Venezuela y América Latina es otro momento dramático de aceleración hacia una Tercera Guerra Mundial.

Lo que Trump propone para Venezuela es una nueva situación de control territorial y comercial que remite a esa empresa colonial. Pero lo hará con un instrumento más moderno: la embajada de Estados Unidos. De ahí la prisa con que anunció la reapertura de la misión diplomática estadounidense en Caracas. La embajada de Estados Unidos cumplirá ese papel, solo que ahora será para la apropiación de petróleo, oro, tierras raras y otros recursos, así como para continuar recolectando datos e información en el terreno, vitales para el pleno desarrollo del modelo de control predictivo basado en tecnologías de punta.

Recientemente, la secretaria de prensa de la Casa Blanca, Karoline Leavitt, afirmó que “actualmente tenemos máxima influencia sobre las autoridades interinas en Venezuela”, mientras que Marco Rubio declaró que “Venezuela no puede transportar petróleo a menos que lo permitamos”. Esto se vio reforzado por la declaración de Trump de que “Delcy Rodríguez se comprometió a comprar únicamente productos estadounidenses”, mientras circulan rumores de amenazas contra autoridades gubernamentales como Diosdado Cabello para garantizar su obediencia al gobierno de Delcy Rodríguez.

En la noche del 5 de enero, Donald Trump anunció su regalo de Navidad para Venezuela: Estados Unidos confiscaría por la fuerza entre 30 y 50 millones de barriles de petróleo venezolano. El 7 de enero, el secretario de Estado Marco Rubio anunció las tres fases de la recolonización de Venezuela. La

primera fase consistía en asumir el control de la producción de petróleo disponible a corto plazo, hasta alcanzar los 50 millones de barriles. No se trata de una compra forzada a Venezuela, sino del anuncio público del robo de la riqueza venezolana, utilizando su poderío militar y esperando una escasa resistencia local.

La segunda fase implica asumir el papel de administrador colonial, con Estados Unidos vendiendo petróleo venezolano directamente en el mercado mundial, apropiándose así del uso y de la administración del botín de guerra. Para atenuar el impacto mediático de esta violación del orden comercial capitalista, Marco Rubio declaró que Estados Unidos administraría esos recursos para la reconstrucción de Venezuela y para promover los intereses estadounidenses. Claramente, el objetivo es recuperar parte de los gastos militares incurridos durante los meses de bloqueo naval en el sur del Caribe y utilizar los propios recursos de Venezuela para reparar la infraestructura petrolera que ahora será empleada para la extracción colonial de petróleo por empresas petroleras contratadas por el gobierno de Trump.

La tercera fase, iniciar la transición gubernamental venezolana, parece anunciar una evaluación, basada en el comportamiento posterior a la agresión del 3 de enero, sobre qué hacer con el gobierno de Caracas encabezado por Delcy Rodríguez, así como el momento para construir representaciones políticas (con "gente buena") que garanticen el mantenimiento de la relación colonial con el país. Marco Rubio sabe que no puede transformar una república en colonia sin resistencia local, lo que augura una etapa en la que el poder militar, policial y de inteligencia de Estados Unidos desempeñará un papel protagónico, ciertamente con la esperanza de asegurar la cooperación de las fuerzas militares y policiales locales –algo que aún está por verse–.

El gobierno venezolano que asumió el poder el 3 de enero necesita superar algunas turbulencias internas para demostrar

que posee la fuerza necesaria para contener al imperialismo o asumir un papel colaboracionista. En cualquiera de los escenarios, necesita consolidar su capacidad de gobernar. La posibilidad de forjar una amplia unidad nacional contra el colonialismo estadounidense depende de la superación del trauma de la captura y el secuestro del binomio Maduro-Flores, ocurrido con escasa resistencia militar, que proyecta una sombra de traición interna. Localizar y responsabilizar a los autores de esa traición es un desafío para el actual gobierno bolivariano. Esto está vinculado a la necesidad urgente de elevar la moral de las Fuerzas Armadas nacionales, que sufrieron decenas de bajas –así como los 32 combatientes cubanos que formaban parte de la comitiva presidencial– sin lograr infligir lo mismo a las fuerzas invasoras.

Por otro lado, Donald Trump, ya sea como parte de una estrategia o en respuesta a la realidad objetiva, afirmó reiteradamente que el gobierno interino encabezado por Delcy Rodríguez está cooperando con su administración y “no quiere repetir los errores de Maduro”. La presidenta interina Delcy Rodríguez negó tímidamente estas afirmaciones, aunque indicó que cualquier petróleo que salga de Venezuela lo hará bajo las condiciones comerciales normales de venta y pago. Esta ambigüedad, comprensible dado el impacto de las acciones militares del 3 de enero, debe ser superada, ya sea para organizar la resistencia anticolonial o para evitar asumir el papel de un órgano gubernamental colonial.

El sentimiento nacionalista recorre el país, pero carece de una dirección política clara. La izquierda venezolana, especialmente el Partido Comunista de Venezuela (PCV) y la Corriente Comunes, expresó con claridad su oposición a las ambiciones coloniales del gobierno de Trump, señalando también al régimen de Maduro (del cual Delcy Rodríguez formó parte hasta hace poco) como responsable de haber llevado al país a esta situación crítica, mediante la implementación de un programa antiobrero que desmanteló incluso las libertades

democráticas más básicas de quienes desean organizarse de manera autónoma. Un frente nacional capaz de modificar la actual coyuntura defensiva no puede construirse únicamente desde la izquierda clasista. La posibilidad de una resistencia efectiva a la agresión militar y al colonialismo estadounidenses depende de la construcción de un amplio frente contra el imperialismo, que no adopte una política ambivalente frente a él. El gobierno de Delcy Rodríguez aún no ha demostrado disposición alguna para asumir ese papel, y existen fuertes indicios en sentido contrario.

Se trata de una tarea internacional. El proyecto colonial estadounidense para Venezuela amenaza de manera directa e inmediata a Colombia (con la que Venezuela conformó, en el siglo XIX, la Gran Colombia, que también incluía a Panamá y Ecuador) y a Cuba, cuna de la lucha libertadora latinoamericana contemporánea, con estrechos vínculos económicos y políticos con Venezuela. Al amenazar a Cuba y Colombia y anunciar su intención de ocupar Groenlandia, Trump dejó claro que el ataque a Venezuela forma parte de una guerra imperialista global. La escalada militar de Trump reveló, asimismo, la complicidad de los “demócratas” de la Unión Europea, que toleraron la operación ilegal de Trump y respondieron con la misma sumisión a sus amenazas de apoderarse de Groenlandia. Un frente de diez gobiernos latinoamericanos de derecha ya actúa apoyando la perspectiva imperialista bajo la conducción de un prepuesto directo de Trump (el presidente argentino Javier Milei) a escala continental. Su objetivo central para 2026 es condicionar políticamente –sin excluir la presión económica e incluso militar– las elecciones generales en Brasil, el gigante de América del Sur. No hay espacio para una equidistancia entre el imperialismo de Estados Unidos, de la Unión Europea y de la OTAN, y sus víctimas explotadas y oprimidas en el mundo, todos aquellos que resisten al neocolonialismo y a la esclavitud de pueblos y naciones.

La tarea principal hoy es defender a Venezuela, derrotar al imperialismo y combatir la escalada bélica mundial; y descansa primordialmente en la lucha de la clase trabajadora internacional, unida y a la cabeza de todos los movimientos populares, en un Frente Único Antiimperialista internacional. Es comprensible que existan diferencias políticas, críticas y debates entre los combatientes, especialmente en momentos decisivos de la historia. Pero ninguna posición hipócrita de "equidistancia" es aceptable, y toda capitulación al imperialismo en la propia Venezuela y en América Latina debe ser combatida sin concesiones y derrotada. La línea divisoria roja es entre opresores y oprimidos, entre la capitulación ante la opresión y la lucha por la liberación nacional y social.

Hasta el 2 de enero, la principal tarea de los luchadores clasistas venezolanos era recuperar las libertades democráticas mínimas que permitieran a la clase trabajadora expresar sus opiniones y organizarse para enfrentar la ofensiva imperialista y la deriva autoritaria del gobierno de Maduro. A partir del 3 de enero, y tras los anuncios de la Casa Blanca sobre la transformación de Venezuela en una colonia de Estados Unidos, la prioridad pasó a ser la defensa de la independencia nacional con el más amplio régimen posible de libertades políticas. No hay dudas sobre la importancia de promover la más amplia unidad de acción posible con todas las fuerzas políticas y sociales que reivindican la soberanía y la independencia nacional: es el momento de concentrarse en el terreno común de la defensa de la nación, su soberanía y su independencia. Y también de impulsar esta unidad en toda América Latina, en defensa de su independencia política y de su unidad antiimperialista.